

En el campo, como en la ciudad, la retaguardia sufre y cumple su deber

En torno a Durruti

Toda la Prensa ha dedicado sendos artículos en memoria del primer aniversario de la muerte del héroe popular, del valiente soldado invicto en Cataluña, en Aragón y en Madrid; de nuestro llorado Durruti. Biografía copiosa, anecdotario interesante, exaltación de hechos meritísimos, todo, en fin, ha sido dicho en homenaje al que supo poner su valor y sus sentimientos antifascistas al servicio de la causa del trabajador.

Algo dijo también Durruti en los comienzos de la lucha, que merece un amplio y sereno comentario. Nos referimos a su repulsa a la retaguardia "que se regala mientras la vanguardia sufre". Esto, poco más o menos, vino a decir Durruti en un momento de justa indignación. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Si viviera el compañero entrañable, se convencería con pruebas de que hoy estamos muy lejos del motivo de aquella censura. ¡Y tan lejos! Casi diríamos que se han invertido las cosas. Razone-mos un poco.

Sí; es preciso razonar antes de emitir nuestros juicios, no vaya a ser que una mala interpretación los saque de su verdadero cauce. Siempre nos ha parecido pequeña la asistencia que la retaguardia viene prestando a los frentes. Un Ejército valeroso, disciplinado y leal, como el que, a costa de muchos sacrificios, hemos logrado, debe ser atendido preferentemente. Nada, absolutamente nada, debe faltar a los heroicos soldados del pueblo, cuya abnegación no llegaremos nunca a medir y a elogiar bastante. Sostener una guerra desigual y encarnizada, después de haberlo improvisado todo, es algo digno de la mayor ponderación. Y la población civil, los no combatientes, debemos aceptar cuantas restricciones impongan las circunstancias, si estas restricciones mejoran la situación de nuestros hermanos de las trincheras. En este sentido todo nos parece poco. Y hemos lamentado también, como Durruti, que, mientras la juventud española se desangraba combatiendo, sin elementos para poner a raya las embestidas del invasor, ciertas gentes de la retaguardia se dieran vida opípara, regalando su voraz apetito más de lo justo; paseando alegremente su indiferencia y divagando en la tertulia de un café.

Por fortuna, terminó todo aquello. Tenemos muy cerca la realidad para soslayarla. Hoy, la población civil sufre con ánimo indomable los calamitosos momentos presentes. Para nadie es un secreto la carestía del vivir y lo que cuesta llevar a la boca un trozo de pan. Y es ahora cuando han cambiado las cosas. En la vanguardia sobra lo que en la retaguardia falta; ciertos sectores de la vanguardia, ciertos elegidos entre la masa combatiente, abusan de su posición y se comportan de una manera intolerable. No hay derecho a que tales elegidos salgan a festín por día, cuando la retaguardia apenas puede comer. Se hace ya muy notoria e irritante tan absurda diferencia. Hemos sido testigos de algunos casos bochornosos, que no hay por qué señalar; pero sí anotarlos como síntoma de algo que conviene corregir. La retaguardia viene sufriendo peligros de guerra tan cruentos como los de los frentes; díganlo si no los bombardeos de Madrid, Colmenar, Tarancón, Chinchón y otros; en la retaguardia escasean los víveres; la retaguardia trabaja para que nada falte a nuestros soldados; los trabajadores del campo, como los de la ciudad, se afanan en producir y crear una nueva economía que sirva de pauta a lo venidero; la retaguardia toda se desvive por forjar la victoria y va al unísono de los combatientes; no desmaya, no se amilana; al contrario: su valor sirve de emulación a los que luchan fusil en mano. Y esa retaguardia merece por parte del Ejército, por parte de jefes y oficiales especialmente, el afecto y respeto que algunos, con su ambición, le niegan.

Que conste así.

Por la Federación Regional de Campesinos y Alimentación del Centro.
EL SECRETARIO.

Por Cuenca, la del Crimen

ALMONACID DEL MARQUESADO

Aquí tocó la china de la venganza. Los almoniceños no eran mejores ni peores que los demás conquenses, y, si la Confederación no toma cartas en el asunto, a esta hora no quedaría en el pueblo ni el delator.

Pero Almonacid es un pueblo de ciudadanos conscientes que saben culpar al culpable, y la culpa del luto de Almonacid no la tiene nadie a quien se pueda señalar con el dedo; si no, pagaría caro sus crímenes. Si hay algún vecino indiferente al sentimiento del lugar, o que aún quiera aumentarlo poniendo denuncias, se le arrancarán las orejas para escarmiento de chivatos.

VILLARES DEL SAR

No se cosecha vino en este pueblo que atraviesa la carretera Madrid-Valencia; pero, los domingos por la tarde, la gente se pone alegre. Seguramente lo hacen para olvidar, aunque mejor fuera que recordaran que la mitad de sus hijos, por ir con los burros, no saben leer.

Tienen un alcalde simpático, que vale para cualquier cosa menos para alcalde. (Te lo digo en serio, amigo mío: pon la dimisión; ¡eres poco bruto!)

Trece de nuestros compañeros forman la Colectividad, que, como no sea por el cenizo del número, ha de marchar viento en popa.

VILLAR DE CAÑAS MONTALBANEJO ALCONCHEL

Tres pueblos por el estilo. U. G. T. y C. N. T. marchan de acuerdo. Ven que la responsabilidad de la explotación agrícola no puede estar en manos de cuatro señores, y entran a la carga formando colectividades para responsabilizarse y terminar con el desconcierto y latrocinio disfrazados de administraciones con más o menos justificantes.

Nunca es tarde si la dicha es buena, y para estos pueblos lo será.

CERVERA DEL LLANO

Otro pueblo en la carretera Madrid-Valencia y, por lo tanto, escamado de los forasteros. Es notable el resabio de estos campesinos que han sentido pasar por la calle céntrica el mundanal ruido, recelan, desconfían hasta de ellos mismos y arrastran la dolorosa pena de la desorientación.

Las incautaciones que hicieron las administra un Consejo, deudor de Reforma Agraria en miles de pesetas. Invirtieron jornadas en labrar fincas que no sembraron y sienten el ahogo de un atolladero económico y el baldón de la incompetencia. No se puede seguir así, y los más

despiertos van a colectivizarse para responder en lo sucesivo de su laboriosidad y de su honradez.

OSA DE LA VEGA

Escarmentados de los errores de toda la-ya (aquí fué el error judicial que costó catorce años de presidio a dos inocentes) que comete el totalitarismo, pasan los cenetistas a formar la colectividad y piden a doña Reforma Agraria les ceda las incautaciones que les correspondan, con toda clase de venias para el comité que las administra para que se pueda decir que la sangre que derramamos en las trincheras no es estéril.

Este mismo es el caso de la mayoría de los pueblos de Cuenca. Y esto piden.

Fascista quien no les escuche.

EL TIO ROQUE.

ADMINISTRACION

LISTA DE GIROS RECIBIDOS QUE NO SABEMOS EXACTAMENTE A QUIEN APLICARLOS

Campesinos Valdepeñas	15,00
Juan Mena	5,00
Los Pinos (Cuenca)	7,75
Sindicato Unico C. N. T. Cuenca	4,00
Domingo Rnè Maire, Cuenca	20,00
C. N. T. Ciudad Libre	18,00
Torreperogil (Jaén)	2,20
Pablo Solana Pastrana (Guadalajara)	8,00
Sindicato Almadén, Ciudad Libre	13,00
C. N. T., Orgaz (Toledo)	16,50
Puertollano (Ciudad Libre)	25,00
Sindicato Arguisuelas (Cuenca)	4,00
Almadén (Ciudad Libre)	14,00
Tarancón (Cuenca)	25,00
Ciudad Libre, C. N. T.	16,25
Hellín (Albacete). Lietor L. Miralles	5,00
Federación Local de Sindicatos Unicos de Almagro (Ciudad Libre)	100,00
Manuel Escudero. Santa Pola (Alicante)	4,00
Sindicato C. N. T., Los Navalmo-rales (Toledo)	30,00
Sindicato Oficios Varios, Alcalá del Júcar	16,00
Gallego, Utiel (Valencia)	4,00
Minglanilla (Cuenca), Cervera	8,00
Calasparra (Murcia)	4,00
Villarrubia de Santiago, en depósito	100,00
Salvacañete (Cuenca)	16,00
Piedrabuena (Ciudad Libre)	25,00

Rogamos a los compañeros que los han impuesto, nos contesten rápidamente, para hacer la liquidación. En lo sucesivo, esperamos nos concreten por carta.

La voz de los pueblos

Del ambiente pueblerino

¡CAMPO LIBRE!, el defensor de los intereses del agro, el paladín de las reivindicaciones de los trabajadores—lo decimos con modestia; pero conscientes de que no faltamos a la verdad—, está satisfecho y agradecido de la acogida que recibe en todos los pueblos de la región. Se nos lee y se tienen en cuenta nuestros juicios y nuestras orientaciones. Nada más podemos desear. Sentimos, en lo más íntimo, la satisfacción del deber cumplido. Pero no estarán de sobra algunas observaciones que nos sugiere algo que a veces oímos de labios de estimados compañeros. Parece ser que, con frecuencia, nuestros adversarios políticos se oponen a que el periódico llegue a su destino. Nos consta que de Correos salen los ejemplares puntualmente, y sabemos que los empleados de Comunicaciones, hacen todo lo necesario para dar curso a la Prensa; el mal no está en la Administración de Madrid, sino en la malquerencia de ciertos individuos a la llegada de los paquetes a los pueblos. Esto es, compañeros, lo que debéis vigilar. Y, enérgicamente, no consentir que los ejemplares desaparezcan. Tenéis derecho a leer toda la Prensa, y vuestra Prensa sobre todo. Nadie puede impedirnos ese derecho, que, si en todos los tiempos fué legítimo, en un régimen democrático lo es mucho más.

Cuando nuestros enemigos, que los hay en todas partes, os digan: “No leáis ese papelucho”, contestadles con dignidad; decidles que ¡CAMPO LIBRE! es el periódico de los campesinos; el que orienta vuestra vida sindical y colectiva; el que no tiene miras egoístas de ningún género; el que lucha, no por lucro, que aquí nada ganamos, sino por ideales acreedores a todos los respetos; por el triunfo de la colectivización de la tierra, que es la conquista más amplia y más

humana que nos ha traído esta guerra odiosa que padecemos.

El órgano de la Regional, el portavoz de este organismo que lucha a diario para encauzar los problemas del campo, no siente estímulos ni afanes egoístas; lo da todo a cambio de vuestra adhesión y de vuestra lealtad a la causa de los obreros humildes, de los postergados, de los que fueron, en otro tiempo, pasto de las ambiciones de los grandes señores, de los grandes terratenientes.

Decidlo así en voz alta y defended, sin violencias, pero con tesón, el derecho que os asiste a leer estas hojas impresas, cuya sinceridad y altos fines están muy por encima del partidismo y del barullo pueblerino.

Y ahora una observación final. A veces nos mandáis escritos que nosotros tenemos gran interés en que vean la luz en esta sección. “La voz de los pueblos” es vuestra voz. ¡Figuraos lo que supone para nosotros! Pero si retardamos publicarlos, no creáis que obedece a negligencia o apatía, sino a falta de tiempo para leerlos o espacio para darles cabida. Todos, sin embargo, merecen nuestra atención. No dejéis, pues, de leer el periódico si vuestro artículo no aparece. Un compañero nos decía:

—En el pueblo, lo que interesa más es lo nuestro.

Conformes. Lo vuestro os interesa mucho; pero no más que lo de todos. Están en un error los que no lo vean así. Vuestros dimes y diretes tienen un interés relativo si los comparamos con las cuestiones generales del campo.

Creednos. Debéis leer ¡CAMPO LIBRE!, desde el editorial hasta la última letra de la octava página. En todas las secciones encontraréis algo que os conviene saber.

Desde La Peraleja

¿Será una consigna?

Mientras los órganos periodísticos tiran el anzuelo de la unidad, la práctica nos demuestra en todo momento que la tan cacareada unidad no es más que una demostración de la poca nobleza existente en Partidos y capillitas.

Infinidad de hechos, podríamos citar para demostrarlo, pero para muestra con un botón basta, y esto lo tenemos en el pueblo de La Peraleja (Cuenca).

Como la mayoría de los pueblos de esta provincia, éste había dado en las elecciones un porcentaje aplastante a favor de las derechas; solamente una minoría insignificante se había puesto en su contra; no por que fuesen izquierdistas, sino porque las derechas mandaban y ellos también querían mandar, para poder maniobrar a sus anchas con impunidad, enriqueciéndose a costa del sudor de sus semejantes, robando “legalmente” con ingeniosos procedimientos, como por ejemplo, la compra de trigo, “afinando la balanza o la mesura”, envolviendo el centeno con el trigo, y otras cosas más que nos podría explicar “Manolón”.

Estos son los elementos izquierdistas del pueblo de La Peraleja ¿Que cuantos son?, siete y “Manolón” ¿Qué si pobres o ricos son?—que se lo pregunten a “Manolón”.

Los trabajadores de la U. G. T. y de la C. N. T. se reunieron para tratar de armonizarse, borrar rencillas y vivir como hermanos, llegando a un acuerdo y dándose todos fraternal abrazo; pero alguien influyó en el ánimo de los trabajadores de la U. G. T. amenazándoles con expulsarles si se

unían con sus hermanos de la C. N. T.—¿Qué quien impidió que los trabajadores de la C. N. T. y de la U. G. T. hicieran la unión?—¿Que se lo pregunten a los amigos de “Manolón”.

Unos milicianos se personaron en el pueblo, con unos días de permiso, no sabemos si llevarían permiso para llevar bombas, pero el caso es que las tiraron, ¿Que quienes son?—Que se lo pregunten a los amigos de “Manolón”.

A causa de este hecho delictivo, unos “guardias” se personaron a hacer una información ¿qué quienes estos “guardias” són?—Que se lo pregunten a los amigos de “Manolón”.

A causa de esta maniobra un “pobre diablo” fué víctima llevándose al campo en un auto abandonándolo y haciéndole volver a pie a su casa.—Acusados de este hecho, han sido dos compañeros de la C. N. T. de Huete, siguiéndose sumario contra ellos, ¿Qué quien ha hecho esta acusación?—Que se lo pregunten a los amigos de “Manolón”. Tales maniobras plantean constantemente cuestiones de Orden Público, molestias, gastos, paralización del trabajo tan necesario en el campo, riñas, disgustos, trabajo para los jueces, todo en perjuicio de la guerra, de nuestra Organización, de la Revolución.— Señor Ministro de la Gobernación.— Señor Juez de Instrucción ¿Quiéren Vds. saber los culpables de esto quienes són?—Pregunten Vds. a los amigos de “MANOLÓN”.

Huete, noviembre de 1937

La historia se repite

Vamos recorriendo los pueblos que las circunstancias nos dejan, porque parece ser que todos son trabas, todo son obstáculos para la marcha de las Organizaciones.

Camino de Rozalen, nos encontramos a dos mujeres: una, joven, que dice contar diez y ocho años; la otra, más vieja, que, según ella, tiene sesenta y dos. Vienen del campo, de labrar una tierrecilla que las dejaron sus antecesores. Las invitamos a subir al coche. La más vieja nos dice que no ha montado nunca en un automóvil, y tiene aprensión a marearse; pero, por fin, se anima y se propone subir con nosotros. La entregamos unos periódicos de propaganda: ¡CAMPO LIBRE y “Adelante”. La joven nos dice que no sabe leer; pero que los coge con gusto, pues, como su madre sabe, se los leerá.

—¿Cómo no sabes leer?—la preguntamos.

—Pues, mire usted...

—No me digas de usted, muchacha; nosotros somos todos trabajadores.

—Es la costumbre; no me haga caso

—replicó ella—. Pues el no saber leer es debido a que desde muy niña me faltó el autor de mis días y, como comprenderá, en seguida tuve que dedicarme a trabajar en el campo: en el verano a espigar y en el invierno a la escarda. Todo esto para poder alimentar a mis dos hermanas más pequeñas que tengo, y mi madre no podía atendernos a todos. Mas como yo era la mayor, he sido la más sacrificada; pero no me pesa—dice la chica con gran regocijo.

Comprendemos que no era ella la culpable de su retraso en la lectura, sino la vieja y caduca sociedad en que vivíamos; ¿Cuánto se encuentra de esto en España! Ya nos despedimos de la muchacha, y nos promete aprender a leer.

Nos parece poco para este trabajo; mas, como la historia se repite, hablaremos de otra cosa. Nos lamenta tener que comentar ciertas cosas; pero no hay más remedio. Se dan casos que asombran. Hoy en este pueblo, mañana en el otro, el caso es que la historia se repite con frecuencia y no hay duda que, si no le ponemos coto a esto, podría surgir algún villano de los de vieja raigambre y apoderarse de los destinos de los que trabajamos.

Y cuando no es el alcalde del pueblo tal, es el secretario del cual. La cosa es que, por ejemplo, Almendros—éste es un pueblo pequeño y sus labores son netamente campesinas—, tiene constituidas las dos Centrales sindicales, que mantienen unas buenas relaciones y que, según impresiones de los auténticos trabajadores, si no fuera por los picatostes pueblerinos, marcharían a las mil maravillas; pero cuentan con un alcalde fino (fino digo, porque no puede pasar de ser republicano, y con esto está dicho todo). Este moderno correligionario, tal vez con carnet nuevo también, no quiere darse cuenta que ya ha cumplido su misión de monterilla y quiere continuar siendo el virrey de su pequeño pueblo. Varias han

sido las reuniones que ya hemos tenido, sobre la formación del nuevo Consejo municipal, y no parece que tenga ni ganas de soltar la cartera de la Alcaldía. ¿Será que no haya otro capaz en el pueblo para llevarla? Tal vez, pero creemos que sí; mas no es esto sólo lo que nos infunde el momento, sino que encierra una gran gravedad la recomendación que les va largando a los convecinos del pueblo. Les recomienda, así como quien no quiere la cosa, “que no siembren las tierras”. ¿Es que esto puede tolerarse? ¿Es que se puede dejar que estos señores hagan esta labor tan derrotista para la Economía nacional? ¿Qué en contraposición está esto con las tácticas que hemos de recomendar a los campesinos! No lo ordenan esto las Organizaciones. No pueden ordenarlo, porque obran en nombre de una representación proletaria.

Pónganle coto a estos incontrolables las autoridades de alto relieve; a estos monterillas que no hacen más que conspirar en contra de los intereses de la clase trabajadora.

Félix GIL CUESTA.

Tarancón, noviembre de 1937.

Desde Chelva

Son las doce y media del día 1 de noviembre de 1937.

Bajo del Consejo municipal como representante de la Delegación de Trabajo. Encuentro tres guardias del puesto de Chelva, y, después de preguntarme si soy Tomás Hernández, me dicen:

—Queda detenido.

Subimos al cuartel y, después de hacerme algunas preguntas, entre ellas que dónde tenía la pistola y la escopeta, contestando yo que nada sabía, se marchan los guardias y, después de algunos minutos, vuelven con un viejo revólver que hace tiempo tenía en casa y lo consideraba como familiar. Me dice el sargento:

—Esta noche te quedarás en el cuartel y mañana bajaremos a Valencia.

A las cinco de la mañana estábamos en el coche. Por exceso de gente, tuvimos que montar en la trasera. Con nosotros venía otro compañero que se encontraba en las mismas condiciones que yo. ¿Cuánta gente viaja estérilmente! Nos apeamos en Liria, camino de la estación. Yo iba entre los tres guardias; parecía un fascista o un criminal. Toda la gente se quedaba mirando. Yo no miraba más que a los campos. Llegamos a Valencia y subimos a la Dirección de Seguridad. Nunca he visto tantos guardias. Mi compañero me dice que, según rumores, en breve plazo va a salir una columna de guardias para el frente. Después de breves minutos, me dice un guardia:

—Tepéis libertad hasta las tres que sale el tren.

Y, sin hacernos ni una sola pregunta, por la tarde volvemos al pueblo. Llegamos a las ocho de la noche. Vamos al cuartel, y me dice el cabo del puesto que todos los días, a las doce, me presente. Y así lo hago.

Mi calvario es el de muchos cenetistas. ¿Por qué se procede así con nosotros?

Tomás HERNANDEZ.

Chelva, noviembre.



GANADERIA derivados

LA TECNICA EN EL CAMPO

Funcionamiento y características del tractor mecánico

(Continuación.)

El extremo posterior del cigüeñal lleva una brida, donde se sujeta el volante, cuyo objeto es regularizar la marcha y amortiguar las vibraciones. En la parte anterior se monta el piñón del cigüeñal, que sirve para mover el árbol de levas, y desde éste las válvulas, magneto, bomba de agua, etc.

Válvulas.—Cada cilindro tiene, por lo general, dos válvulas: una, de admisión, para la entrada de la mezcla combustible, y otra, de escape, para eliminar los gases de la combustión. Su forma recuerda la de un pequeño pedestal cuya meseta sirve por el borde inferior para hacer el ajuste sobre el orificio donde asienta. Alrededor del vástago se monta el muelle encargado de restituir la

válvula a su asiento cuando termina el momento de estar abierta. Por razón del uso se desgastan las válvulas, y es entonces cuando se acude a esmerillarlas para que el ajuste sea perfecto y evitar las fugas consiguientes.

Es sencillo señalar en cada cilindro la válvula de admisión y de escape: basta girar el cigüeñal y observar que después de estar cerradas las dos durante una vuelta entera abre una de ellas, la de escape, y enseguida de cerrarse ésta abre la de admisión. Generalmente, las válvulas de los tractores se colocan sobre cilindros o "en cabeza", y lateralmente, o "en L". La primera disposición es ventajosa, porque las válvulas salen sujetas a la culata cuando se desmonta ésta, y es fácil revisarlas o sustituir la que se

encuentre inutilizada; las roturas del asiento de la válvula requieren sólo reemplazar la culata, mientras con la disposición "en L" hay que cambiar el bloque de cilindros, y, por último, con las válvulas en "cabeza" la entrada de los gases se hace directamente sobre el pistón, que recibe, sin otro intermedio, la energía producida en la explosión. En cambio, la disposición "en L" resulta más sencilla, por suprimirse el balancín y su apoyo, reduciéndose con ello las causas del mal funcionamiento.

Mecanismo de las válvulas.—Del perfecto ritmo con que se hagan los movimientos de las válvulas depende esencialmente la buena marcha del motor. Cada una debe abrir precisamente en el momento crítico que el pistón alcanza un punto determinado de su carrera, conservándose levantada por entero mientras el pistón llega a otra posición de antemano prevista, en cuyo momento cerrará rápidamente. La operación de sincronizar los movimientos de las válvulas con las del pistón es el "reglaje de válvulas".

a) **Árbol de levas.**—Es el encargado de mover las válvulas. Se monta a un costado

y por encima del cigüeñal, que le comunica el movimiento por el engranaje situado en su extremidad. Las levas son los pronunciamientos que presenta el árbol en la prolongación del vástago de cada válvula, de modo que, al girar, levantan de su asiento a la válvula, mientras actúan sobre el vástago la parte prominente, para dejarla cerrar por la acción del resorte, cuando entra en contacto la parte cilíndrica de la leva. De aquí que el árbol de levas en un motor de cuatro cilindros tenga ocho levas, dos por cada cilindro, y que la prominencia en las de escape sea mayor que en las de admisión, como corresponde al mayor tiempo que aquéllas deben estar abiertas.

Fácilmente se comprenderá que, mientras el cigüeñal gira una revolución, el árbol de levas sólo le corresponde media, y que, por ello, el piñón del cigüeñal tiene la mitad de dientes que el del árbol de levas. Sin embargo, su posición relativa no es indiferente y obliga a engranarlos siempre en el mismo diente, utilizando la señal punteada en ellos por la fábrica.

(Continuará.)

El trabajo como síntesis de riqueza, salud y placer

(Conferencia radiada, por BASORA)

(Continuación)

sino al puesto que como productor le fué asignado. El olvido de estas elementales reglas ha ocasionado grandes trastornos a los pueblos cultos.

La otra condición es la que se refiere a la necesidad de que los locales donde los obreros prestan sus servicios reúnan todas aquellas cualidades esenciales de comodidad e higiene, para que su labor se desenvuelva placenteramente. La elección y perfección de la maquinaria, del alumbrado, de la desinfección y todo lo que tienda a que el trabajador encuentre placer en su tarea, debe ser objeto de un cuidado especial.

De las declaraciones anteriormente leídas y de otras muchas, que no menciono para no cansaros, se deduce, y así lo afirman varios autores, que la necesidad de trabajar es el estado natural del hombre normal. En un beneficio para su salud. Fijemos la atención en este punto. Las circunstancias que permiten o impiden las satisfacciones de la actividad humana, son posteriores, es decir, pueden aparecer o no aparecer; ser de tal o cual naturaleza, y sufrir la influencia de la voluntad. Pasa con el sentimiento del trabajo lo mismo que con la vida o con la salud. Si el hombre vive, no es simplemente porque los factores exteriores favorables a la vida estén sobre los factores hostiles. La vida pesaría desde el instante en que la fortuna le reservase más severidades que favores, como en el caso de los enfermos o de los que sufren ruidos golpes de la suerte. Semejantes situaciones son, ya se sabe, bastante frecuentes, sin que por ello se produzca la muerte ni se piense en el suicidio. No son, pues, los factores los que representan el papel decisivo en esta ocasión, ya que, fuera de ellos y antes que ellos, hay otra cosa: la voluntad de existir, aun en aque-

llos momentos en que el medio parece ser más bien un obstáculo que un apoyo.

Si se quiere descomponer la necesidad saludable y placentera de trabajar en sus elementos psicológicos específicos, se encuentran, en primer término, ciertas formas de satisfacciones, más o menos diferentes las unas de las otras, que se pueden referir a determinados instintos, según el carácter funcional del acto hacia el cual tiende la voluntad instintiva. Toda persona sana sufre por la inacción cuando ésta no es debida a razones psicológicas. Cada músculo es la sede de energías motoras que requieren emplearse y que forzosamente hay que emplear. ¡No lo dudéis! La forma normal de este ejercicio—afirma un autor—son los juegos en la infancia y el trabajo físico en los adultos. Los niños necesitan jugar, correr, brincar y hacer mil contorsiones musculares, para el afianzamiento de su salud. Así suplen al trabajo. En los adultos, la necesidad de trabajar puede, en ocasiones, encontrar satisfacción en los deportes, lo que prueba que existe una tendencia a la actividad corporal necesaria a la salud, cuya tendencia son los movimientos naturales físicos. Ciertamente, la mayor parte de las veces, este instinto de actividad en el hombre significa algo más que una simple propensión a gastar la energía física; tiende, en general, a crear, a realizar una intención. En su forma más elevada se convierte entonces en instinto constructivo, en amor al trabajo, propiamente dicho. Hay bastantes pruebas que demuestran que basta oponerse a esta simple necesidad de actividad física del hombre, para provocar en él graves desórdenes psíquicos. Es necesario ver en esto una de las razones por las cuales significa espantosa tortura para los prisioneros estar sometidos a un régimen celular: la menor ocupación les parece entonces una reducción de su pe-

na. Por eso, también el obrero, parado forzosamente, sufre un verdadero suplicio a partir del momento en que sus necesidades de expansión y de régimen normal desaparecen en absoluto.

Las satisfacciones que dimanar de los recreos corporales, es decir, de la acción del juego, de emplear energías en motivos de pasatiempo, no entrañan un trabajo, ya que la intención no implica creación de valor; pero son también formas saludables y placenteras de exteriorizar la actividad humana. El paso del juego al trabajo se efectúa desde el instante que la idea del valor y el instinto de conservación y de utilidad, incorporada a un fin creador, aparecen como razones determinantes de la acción. ¿Está claro? Pero, aún entonces, compañeros, sucede que una gran parte del placer que el sujeto experimenta en los juegos físicos, puede ser conservada bajo la forma de trabajo productivo, por lo mismo que éste, independientemente del fin utilitario que persigue, permite al trabajador expresar su personalidad y realizar una intención personal. El mejor ejemplo del caso que señalamos nos lo proporciona el deporte profesional y los artistas. Estos trabajan y se solazan a la vez. Pero no hay trabajo, por modesto y sencillo que parezca, que no sea un arte, por lo mismo que el obrero realiza una labor propia y tiene el sentimiento del valor y del poder personal, vinculados en el ritmo de sus propias funciones. Bücher, en su obra "Trabajo y ritmo", dice, con razón, de este factor, que reúne en un haz coherente los elementos trabajo, juego y arte.

Cuando el trabajo parcelario se presenta como un obstáculo al placer de trabajar, es, la mayor parte de las veces, a causa de la impresión de absurdo que deja en el obrero. Absurdo, no en razón de la finalidad de trabajo, que reside en la producción de bienes útiles, sino absurdo por cuanto el obrero no puede alcanzar de manera concreta la relación existente entre la tarea parcelaria que le incumbe y el objeto final de la producción. El artesano puro, el productor tipo de oficio en la Edad media, conocía un método de trabajo antípoda del actual. Partía de la materia prima y fabricaba completamente productos susceptibles de ser consumidos. Muchas veces, incluso, estaba en contacto personal con el consumidor. Así podía en cada momento de su trabajo tener la impresión de hacer algo útil. Podemos llamar sensato, ya que le era posible relacionar inmediatamente cada parte de la obra con el destino fi-

nal del conjunto, por lo menos al objeto de consumo, si se trataba de crear. Es claro que el trabajo, en cuanto es parcelario, hace difícil la percepción de esta relación, y por este hecho pierde su verdadero sentido.

El instinto constructivo es algo más que el instinto de actividad; aquí la actividad tiende a realizar una construcción de la inteligencia, ordenada según un fin determinado, la satisfacción resultante es de orden mucho más intelectual que físico. Por otra parte, contrariamente a lo que pasa en los juegos, la idea del resultado final de la actividad, es un elemento de satisfacción mucho más esencial que la actividad misma.

Hay, además, satisfacción del instinto constructivo—y este es caso frecuente—cuando la actividad considerada como medio de realizar un fin, resulta penosa. De aquí se sigue que el orden y la lógica racional del trabajo son ya en sí elementos positivos del placer de trabajar, el instinto constructivo es a la vez instinto de orden, instinto de disposición. Se puede referir a tres tipos las diferentes variantes del instinto constructivo: instinto constructivo creador (el del artesano); instinto constructivo ordenador (el del que organiza); instinto constructivo regulador (el del obrero a máquina). La forma creadora del instinto constructivo es históricamente la más antigua.

Su representante clásico es, como hemos apuntado antes, el artesano de la Edad media y, de una manera general, el obrero de la época "premaquinista". Finalidad, método y trabajo de producción forman aquí un todo perfecto. Plan y ejecución del plan, son una sola y misma cosa, y esto, desde un doble punto de vista. El artesano, en efecto, comienza su trabajo según un plan que él mismo ha conseguido, y, por otra parte, durante el curso de su trabajo, la ejecución determina y modifica el desarrollo de aquel plan.

El instrumento, la máquina, es una prolongación de la mano, y la mano misma es como un apéndice del cerebro, que dispone y ordena. Se diría que la mano que trabaja piensa espontáneamente. Todo trabajo, desde el punto de vista de la voluntad individual que expresa, es una creación acabada; todo oficio es un arte. En una tal actividad, el elemento fisiológico y el elemento psicológico del placer experimentado, no pueden disociarse fácilmente, lo que hay de intelectual en la satisfacción de trabajar, se disuelve en lo instintivo. Los otros dos

(Continuará.)

Colectividades de Castilla



Creemos innecesario hacer una descripción de dónde se encuentra Madrid. Su situación geográfica y social ha traspasado los límites de su propia tierra y está vitalizado en la mente de todo ser humano y civilizado. En anteriores épocas, era conocido por su carácter de capitalidad de España, sus museos y corridas de toros, que eran la atracción del turismo extranjero, y por su espíritu de independencia creado a través de sus gestas de 1808.

Hoy, Madrid ha rebasado estos límites de tradición, que se encontraban enmohecidos y faltos de luz, para remontarse muy por encima de aquellos hechos; Madrid ha despertado. Ha sacudido la melena que empezaba a sentir los efectos de la polilla y ha enseñado al mundo sus bien perfilados colmillos. Ha vuelto a decir: "Aquí estoy yo." Y, en efecto, le hemos visto erguir su cuerpo, levantar su frente y el puño, apretando entre sus dedos el fusil y, como en épocas anteriores, a pecho descubierto, lanzarse a la defensa de su independencia indómita. Y hoy le vemos con sus vestiduras rasgadas, hechas jirones, y sus carnes, heridas y llenas de cicatrices que se van sucediendo, en pie, sin una mueca de dolor, causando la admiración

de propios y extraños, cuyas bocas, unidas en magnífico orfeón de sinfonía, pronuncian una frase, la única que a él se le puede dedicar: ¡Este es Madrid!

Diez y seis meses lleva erguido, sin un momento de reposo. Y es que sabe que su hidalguía es el valladar inaccesible que defiende las civilizaciones de todos los pueblos de la Tierra. Hoy, más que nunca, Madrid es la capital geográfica de España y virtual del Mundo.

Y en esta muy heroica villa supo crearse, digna de ella la Colectividad de campesinos. Para informarnos de la marcha de la Colectividad, nos dirigimos a sus oficinas, donde nos acogen con muestras de verdadero afecto los compañeros que en ellas se encuentran.

Nos presentan—según dicen—al espíritu colectivizador hecho hombre: el compañero Salomón Vázquez. Reposado en su charla, seguro en sus manifestaciones y referencias. Diríase que nos explicaba una película donde estuviera impresionada la vida de la Colectividad, y es que no hay mejor película que haber vivido un hecho. Y él fué su iniciador y su guía hasta que tomó forma corporal el embrión.

Los restantes compañeros nos aseguran que Salomón Vázquez siente una verdadera chifladura por su obra.

También dirigen frases encomiásticas para el compañero Salvador Cobo, que, sin ser campesino, puso en la Colectividad todo su cariño y ha venido trabajando por su desarrollo con ardor indiscutible.

Desde luego que, unos y otros, y todos, han cooperado incesantemente, y que su esfuerzo y sacrificio está en marcha. Esta es la mejor prueba de un ideal.

EL CAMPO

Giramos una visita a las huertas de la Colectividad, emplazadas en su mayor parte en la zona de guerra, acompañados de los compañeros Salomón Vázquez y Roque Provencio.

Las primeras que visitamos son las situadas en la llamada Casa de Labor de La Elipa. A nuestra vista se ofrece un amplio y bien conformado caserío donde se encierran los talleres de guarnicionería, carretería, herrería y forja, almacenes de granos y aperos, la granja avícola—en miniatura—y parte del ganado que se emplea para los trabajos de la huerta.

Todos están bien establecidos, con esmero y cuidado. Averiguamos que está al cargo de todo ello el compañero Provencio, a quien felicitamos.

Seguidamente nos acercamos a la huerta contigua al caserío, que es un verdadero regalo para la vista. Nos produce la sensación de un inmenso jardín falto de color, ya que las hortalizas, allí cultivadas, parecían flores gigantesas abriendo sus hojas al infinito con simetría y elegancia indescriptible. En estas huertas, los colectivistas se han sentido artifices más que campesinos.

Nos explican que, antes de hacerse cargo de ellas, estaban abandonadas. Instalaron los riegos apropiados construyendo depósitos para el agua, roturaron tierras...; en fin, consiguieron lo que imaginó el poeta: que en el yermo floreciese un rosal.

Abandonamos este bello paraje y nos dirigimos a las otras huertas cuya situación es verdaderamente heroica. Cruzamos la zona de guerra cien por cien.

Allí podemos comprobar que de un arroyo considerado inaprovechable en otro tiempo, han conseguido, mediante un grupo moto-bomba, elevar su agua, por conducciones hormigonadas, hasta un cerro que ni el sol quería caldearlo y hoy se encuentra reverdecido, joven, lleno de vitalidad, gracias al esfuerzo de estos hombres. Y así, de asombro en asombro, vamos recorriendo todas estas tierras antes incultas y hoy convertidas en vergeles insospechados.

La puesta en marcha de esta obra ha costado, a no dudar, cantidades fabulosas de dinero y un esfuerzo imposible de justipreciar.

Regresamos a las oficinas de la Colectividad, para que nos den cuenta de su desenvolvimiento y demás pormenores interesantes. Aún conserva nuestra retina la visión fantástica de aquellos campos que ante ella discurrían.

ORIGEN DE LA COLECTIVIDAD

La primer Colectividad que se formó en Madrid tuvo su origen el día 9 de mayo de 1936, al ser despedidos por un patrono cuatro compañeros hortelanos pertenecientes al Sindicato Unico de Oficios Varios. Ocurrido el hecho, el Comité Central del Sindicato desplazó a dos compañeros para tomar informe de las causas de tal despido, los cuales comprobaron que el patrono en cuestión no pagaba la renta correspondiente de la finca, cuya huerta, de unas 18 fanegas de tie-

Una Colectividad de vanguardia Madrid

rra de inmejorable calidad, estaba en completo abandono, y, además, tenía en perspectiva su venta, con toda la producción, a un ganadero.

A la vista de tales circunstancias, el Sindicato tomó el acuerdo de hacerse cargo de la finca entregándosela a los campesinos, los cuales percibieron sus haberes de la producción obtenida. Pasados ocho días, hubo necesidad, dado su incremento, de colocar en la misma hasta un número de 12 compañeros, haciéndose cargo de su desenvolvimiento el compañero Salomón Vázquez, miembro del Comité y de la Sección de Campesinos. A partir de este momento comenzó a ponerse en práctica el colectivismo.

Al segundo día de establecerse el sistema pudieron apreciar que la venta de los pro-

DIFICULTADES ECONOMICAS

Sus buenos deseos tropezaron con un grave problema: la falta de medios económicos. El delegado campesino del Comité Central del Sindicato sugirió a éste la necesidad de subvencionar a la Colectividad. Esta sugerencia dió por fruto la entrega de 5.000 pesetas para su puesta en marcha; pero bien pronto pudieron comprender que esta cantidad era insuficiente para llevar a cabo la obra. Dieron cuenta del problema a la Federación Local de Sindicatos, la cual concedió un crédito a la Colectividad de 40.000 pesetas, de las cuales, una vez puestas en producción las tierras, sin regateo de sacrificio y a base de unos haberes de 8,50, no tuvieron necesidad de invertir más que su



ductos permitía la elevación de jornales, los cuales aumentaron, de 6,25, a 8,50 pesetas, disponiendo, a las tres semanas de su constitución, de un fondo de 3.500 pesetas.

Los restantes campesinos que trabajaban en propiedades no colectivizadas acordaron plantear una huelga, a la vista de las mejoras que tenían sus otros compañeros que trabajaban con aquel sistema; huelga que duró cinco semanas. Durante este tiempo, los jornales de los compañeros fueron abonados con el producto de la venta de los frutos de las huertas colectivizadas. La huelga, que fué ganada íntegramente vino a enjugar los jornales míseros que percibían, siendo elevados al tipo establecido de 8,50 pesetas, y demás mejoras inherentes.

En este estado de cosas les sorprendió el movimiento. Durante el mismo, se constituyó la Colectividad de Villaverde, a la cual pasaron las huertas ya colectivizadas. En el mes de octubre del mismo año, el problema de la colectivización en Madrid estaba abandonado con motivo de los sucesos. En los primeros días de noviembre, la Sección de Campesinos del Sindicato Unico de Oficios Varios comprendió la necesidad de poner en producción todas las tierras de término que quedando constituida la Colectividad de Villaverde, con las que se encontraban abandonadas.

mitad, toda vez que, con la venta de árboles improductivos que tenían algunas huertas y flores de los jardines entregados a la Colectividad, pudieron ir haciendo frente hasta devolver incluso, a la Federación Local, las 20.000 pesetas adelantadas.

Cada día que pasaba, acudían nuevos miembros a la Colectividad, que cuenta, hasta la fecha, con 270 colectivistas.

DESENVOLVIMIENTO ECONOMICO ACTUAL

Hasta el presente, en once meses de funcionamiento, han obtenido más de 1.200.000 pesetas de productos, habiendo entregado, para ayuda de otras Colectividades que se formen, a la Federación Regional de Campesinos, más de 100.000 pesetas, y en donativos a hospitales, etcétera, otras 20.000, permitiéndoles disponer de un remanente de 200.000 pesetas.

Haremos resaltar como nota interesante el movimiento obtenido en cuatro meses, el cual asciende a 603.955,55 pesetas.

FONDO COLECTIVISTA

Cuenta con 1.200 fanegas de tierra, entre las que se reparten: 36 parcelas de huertas, 100 de cultivos, 100 de cultivos de abono y tiro, con sus correspondientes arreos; dos camiones y un coche turismo; un tractor;

varios carros, maquinaria agrícola y aperos necesarios; una pequeña granja avícola en construcción; almacenes de granos, etcétera, etcétera. Es decir, todo lo indispensable para su desenvolvimiento.

CONSEJO ADMINISTRATIVO

La Colectividad se rige por un Consejo Administrativo formado por los siguientes compañeros:

Secretario, Emilio del Hierro; tesorero, Salomón Vázquez; contador, Agustín García Paradero; delegado técnico, Nicolás Can del; agricultor, Roque Provencio.

Este Consejo, elegido por los mismos campesinos colectivistas, organiza los trabajos, asesorado por las Delegaciones técnicas, los cuales se llevan a cabo por grupos de 14 a 18 compañeros.

HABERES

Los jornales están unificados, percibiendo los mayores de diez y ocho años un haber diario de 12 pesetas; de diez y seis a diez y ocho años, 10,20, y de catorce a diez y seis años, 7,20. Además, reciben su correspondiente ración diaria de verdura, que puede valorarse en unas dos pesetas.

Asimismo, cuenta la Colectividad con cuatro jubilados, con un haber de 10 pesetas diarias. Estos compañeros (dos de ellos, mujeres) eran antiguos patronos, los cuales, al constituirse la Colectividad, los asociados creyeron un deber de humanidad que quedasen excluidos de aportar su esfuerzo, dada su edad.

Esto, que a primera vista pareciera un caso sin importancia, es, por el contrario, digno de encomio, pues pone de manifiesto el alto espíritu de justicia que anima a estos compañeros colectivistas, que no desean sino que el bien se reparta por igual entre aquellos que han sabido y saben dar un fruto en la vida.

PRODUCCION

En el transcurso de su vida colectivista han obtenido los siguientes frutos:

Trigo, 92.000 kilos; cebada, 161.000; avena, 46.000; garbanzos, 363.680; tomates, 500.000; repollitos, 2.000.000, y acelgas, 500.000.

Y otras verduras, como lechugas, escarolas, etc., en cantidades considerables, que no se han recolectado hasta la fecha.

Esta producción ha sido distribuida entre Hospitales de Sangre, Intendencia, Comedores colectivos, Industrias socializadas, donativos, etc.

HEROES ANONIMOS

El 29 de octubre—nos refiere el compañero Salomón—, cuando trabajaba en la finca denominada "Huerta de Mora", próxima al frente, cayó sobre la tierra que trabajaba, herido en la cabeza por una bala perdida, el infortunado compañero José Infante Vaquerizo, el cual falleció pocas horas después. Su muerte fué profundamente sentida por todos los colectivistas, los cuales vieron con satisfacción que el Consejo había acordado hacerse cargo de todos los gastos inherentes a su entierro.

En análogas circunstancias resultaron heridos otros dos compañeros.

Son verdaderamente sublimes el esfuerzo y espíritu de estos compañeros, que, aun sintiendo sobre sus enjutos cuerpos el soplo de la muerte, siguen impertérritos en su marcha. Siembran y producen, aunque a veces rieguen la simiente con su propia sangre. Y es que están en Ma-



drid, y como le ven gigante, ellos quieren merecerle y que sus sombras se confundan.

Nosotros les admiramos y comprendemos este estímulo, que en su día causará el asombro de aquellos otros campesinos a quienes no afectó de una manera directa esta conmoción, los cuales verán de seguir sus normas para poder estar a su altura moral y socialmente. Esta, sin duda, es la mejor semilla.

PROYECTOS DE FUTURO

Tienen magníficos proyectos para el futuro, que esperan sea muy próximo. Aspiran transformar todas las tierras que les sea posible de secano en regadío; implantar el salario familiar; desenvolverse mediante el intercambio de productos; crear espléndidas granjas avícolas, criaderos porcinos y vacunos, para los cuales ya tienen trazado su lugar de emplazamiento, etc., etc. Su máxima aspiración es poner en producción todas las tierras hábiles del término de Madrid.

Desde luego que, viendo su obra ejecutada, creemos fielmente que cuanto aspiran lo verán realizado. Su entusiasmo

por la Colectividad sale de los límites concebibles.

CORRIENTES SINDICALES

No pueden ser mejores, hasta el punto de que se encuentran trabajando en la Colectividad unos 70 compañeros de la U. G. T., los cuales figuran en ella con los mismos derechos que los demás colectivistas.

Las dos Organizaciones obreras explotan conjuntamente la Huerta de Perales, vivero de la Huerta del Cordero, jardín Florita y una tienda de flores para su despacho al público.

Este es el procedimiento de llegar a la verdadera sanidad a que todos aspiramos.

SALUTACION

Regresamos de nuestra visita sinceramente impresionados y llenos de optimismo. Nuestro deseo va unido al vuestro, compañeros campesinos. Madrid merece una Colectividad digna de él, y la vuestra marcha en paralelismo infinito con su espíritu creador y evolucionista.

Salud, campesinos madrileños; sois dignos de su suelo.

EL REPORTER.



La unión de los trabajadores del campo facilita la victoria

Divagaciones sobre la Revolución

He dicho de costumbres, de hábitos. Y es que éstos son el reflejo en el hombre de todo "su" ambiente.

El ambiente sólo puede ser expresado con un posesivo delante. Si nos paramos a reflexionar en que sea un ambiente, no podremos limitarlo con tanta sencillez como parece a primera vista. Pensad un momento sobre lo que cada uno de vosotros sois respecto a lo que os rodea. Y habéis de percibir una graduación de afecciones, de sentimientos o sentires, de vuestro ser íntimo, de vuestro sujeto absoluto, frente a cada objeto en relación.

Ahora, cuando escribo esto, hace poco que me tuvieron que amputar un dedo de la mano izquierda, el índice, a consecuencia de un accidente. Y esta nota anecdótica no está aquí expresa a capricho.

Siento dolor. Y mi dolor físico no puede tener mejor título para llamarlo mío. Sin embargo, es mío hasta cierto punto solamente. Y no quiero que nadie vea en esta declaración la menor sombra de ascética, porque me duele intensamente y odio ese dolor. Pero el solo hecho de poder decir de él que es mío, es considerarle como objeto frente a mi "yo" sujeto a dolor.

Y la expresión "mi yo" no es correcta, porque da a entender un "yo" sujeto absoluto, el expresado en el "mi", opuesto a un "yo" objeto, el "yo" de la expresión. Y eso es absurdo. De forma que nos decidimos por quitarle el "mi" al juicio anterior.

Ved, ahora, cómo, desde eso que está

tan cerca de nosotros, que llega a formar parte de nuestra persona, de nuestro individuo, hasta aquello otro, que en el espacio no nos pertenece por razón de distancia, todo guarda una relación de prudencial diferenciación con el "yo". Lo que va de sujeto a objeto. Y todo objeto es ambiente.

La Revolución implica un desarraigo de costumbres. Pero eso no es posible sin una transformación del mundo de los objetos. Y ahora se plantea una cuestión interesante: si los objetos son esenciales permanentes, las revoluciones resultan imposibles.

Pero la Historia nos muestra la realidad revolucionaria. Luego los objetos están sujetos a cambios que modifican el ambiente y hacen posible la acción revolucionaria.

"Los objetos cambian". Por lo menos, es así para todo sujeto afectivo, sentimental, intelectual, para todo sujeto humano.

Y en la mutación objetiva está la entraña de la fatalidad del movimiento revolucionario.

Nuestra revolución es una necesidad histórica. Si así no fuera, no se hubiera suscitado esta contienda sangrienta. Porque la lucha no obedece a capricho.

Pero los estrategas de la Revolución no han sabido captar la mutación de los objetos.

Por eso nos han faltado estrategias revolucionarias.

SAN ANDRÉS.

ENTRE CAMPESINOS

José.—Te repito, compañero Pablo, con franqueza, que estoy orgulloso, satisfechísimo de ser colectivista. Yo poseía, como tú, unas cuantas "tierrucillas", que aporté a la Colectividad con profundo dolor, porque las quería lo mismo que quiero a mi compañera y a mis hijos de mis entrañas, porque fueron cultivadas por mis queridos padres con tanto amor, o más, con que las cultivaran mis venerables abuelos, de quienes descendían. Creía yo que me desprendía de unas tierras, de aquellas pobres tierras que pensé jamás me volverían a pertenecer; pero después me convencí muy pronto de que me equivocaba, que seguía poseyéndolas, convirtiéndose mi convencimiento en pura realidad, poseyéndolas por entero y amándolas tanto o más que las amara entonces; porque los intereses de la Colectividad son muy nuestros, de los colectivistas, porque a ella pertenecemos y nos debemos. ¡Si supieras lo mucho que gozo ahora viéndolas tan bien cuidadas, tan limpias y fecundas! ¿Tú conoces la tierra que le compré a tu tío Sebastián? Colinda con el cerro más alto de cuantos rodean el valle, a la izquierda, junto al arroyuelo. ¡Cuántos sacrificios y privaciones me costó reunir los tres mil reales que me costara y cuántos sudores y cuántas fuerzas me ha robado la "puñetera", para tan pocos productos como me proporcionara! ¡Cuántos esfuerzos inútiles! El año que mejor se portó, me dió a tres fanegas, poco más o menos...

PABLO.—¿La habéis sembrado este año?

José.—¡Hombre, ni que decir tiene! Y

que parece un bosque talmente su siembra, de alta y espesa, es tan cierto como que ganaremos la guerra y la revolución, pese a quien pese... ¡Si vieras cómo se distingue de las demás, aunque se la mire de lejos, de muy lejos! Este año no se va a cansar de dar miés; y grano, no hablemos: ¡qué espigas tiene!... Pero la cosa no es para menos: cuando fui a labrarla, ¡hubieses visto con el júbilo que hundía la dura y reluciente reja del arado en las entrañas de la tierra! ¡Con qué fuerza apretujaba el suave puño de la fría y curva esteva! Mi yunta, que es de las más fuertes y majas de tantas como posee la Colectividad, que la quiero tanto como a mí mismo, que la cuido tan solícitamente como una buena madre cuida y abriga a sus hijos de sus amores, ¡cuánto sudó y resopló aquel día! Mis borriquillos, aquellos pobres borriquillos, tan picarescos y lerdos como viejos, con que antes labrara yo mis "tierrucillas", no significaba nada para esta yunta mía, que vale tanto, tanto... Con ellos y el arado, tan deficiente, casi de juguete, que apenas podían arrastrar, me veía apuradísimo para arañar el áspero terruño de mis pobres "tierrucillas", tan yermas entonces, hoy tan bien cuidadas, tan limpias y fértiles que parecen jardines.

José.—¡Cuánto te envidio, compañero Pablo! No puedes figurarte lo mucho que me congratulo escuchándote, porque te creo de veras, porque veo que tu casa, el hogar tan mezquino de entonces, hoy tan alegre y dichoso. ¡Ayuntamiento de Madrid

res y miserias. Querido compañero, hace mucho tiempo que pesa sobre mí una ruina que me abruma, que me mata. Con los fútiles "piquillos" de tierras, de viñas y de olivas que heredamos de los abuelos, no resolvemos absolutamente nada; son demasiado insuficientes para atender regularmente a tantos gastos como origina mi numerosa familia, llena de hambre y de miserias insoportables. Lo poco que cosechamos el verano último, ha tiempo que se nos extinguió por completo. ¡Fué tan deficiente la cosecha! La liquidación de las múltiples deudas que tenía contraídas y la grave enfermedad que sufría mi compañera se han absorbido más de la mitad de ella. Hoy me embarga tal desesperación, que estoy medio atolondrado, medio loco... Las mulas que tengo, ¡valen tan poco!, que apenas pueden llevar la cabeza... y tengo que roturar las tierras con el azadón, igual que cuando se abre una cepa o se cava un olivo, porque no tengo capacidad económica para comprar un par de borricos siquiera que valgan la pena y puedan sacarme de este atolladero en que estoy metido. ¡Terrible invierno el que se nos avecina, para mi casa, deshecha y arruinada! ¿Cómo poder soportarlo sin pan y sin ropas que nos preserven del frío, de estos fríos tan intensos en esta región tan gélida? Yo me hubiese hecho colectivista, como tú, desde el primer momento, porque mi espíritu de revolucionario genuino me impulsaba a ello; pero la reprensión de... Mi mujer, mis padres... ¡Ojalá no los hubiese escuchado!... Ahora mismo me colectivizaría, sin miramiento alguno; pero... tengo las tierras vacías. No tenía semillas para sembrarlas y... la cosecha ya nos la hemos comido. ¿Qué dirían de mí si pretendiera colectivizarme en estas condiciones? Hablarían mal tal vez, me desdenarían...

PABLO.—¿Qué estás diciendo? Me ofendes hablando de esa manera. Yo y todos mis compañeros colectivistas les abrimos los brazos, sin vacilación alguna, a todos los obreros agrícolas que deseen agruparse con nosotros, y muy preferentemente a los que, como a ti, les caracteriza un ideario de auténticos revolucionarios. Tú eres un trabajador consciente y honrado, y, por lo tanto, desde mañana mismo serás un colectivista más en nuestro noble y honroso pueblo, que hay que transformarlo y rejuvenecerlo; que debemos hacerlo libre, completamente libre, porque, no siéndolo, no podrá reír, gozar y amar con esa fraternidad de hermanos que los verdaderos anarquistas y revolucionarios tan singularmente deseamos. Esta noche, compañero, celebraremos asamblea los colectivistas, como acostumbramos a hacerlo todas las semanas, a fin de tomar acuerdos y resoluciones que afectan a la Colectividad, y tú, si deseas de veras ingresar en nuestra Colectividad, se te admitirá en ella, sin regateo alguno, para que seas un colectivista más, entre tantos como somos ya, viviendo como en familia, porque es "la gran familia" lo que constituimos todos, porque trabajamos en comunidad y porque nos amamos los unos a los otros como si fuéramos propios hermanos. Ya lo sabes: desde mañana serás un hermano más nuestro, un hijo más de la Colectividad, de nuestra querida Colectividad, que sabrás sacrificar TODO por la total emancipación de nuestro pueblo, que, por encima de todo y cueste lo que cueste, debemos hacerlo libre, tan libre como la ley natural impone que sean todos los pueblos del Mundo.

José.—¿Tú ejerces algún puesto de responsabilidad en vuestra Colectividad?

PABLO.—Delegado de grupo soy; pero eso... Mi yunta es la primera siempre en abrir los primeros surcos en la barbeche-

ra y en acarrear la dorada miés para la trilla, como delegado que soy y porque mi deber me impone sea yo el primero en comenzar las tareas cotidianas de nuestros rudos trabajos.

José.—¿Estás seguro de que me admitirán en la Colectividad?

PABLO.—¡Que si lo estoy! Tan seguro como que tu compañera y tus hijos no pasarán más privaciones, porque tu casa, en lo sucesivo, como en la mía, rebosará la dicha y abundancia, que la Colectividad le proporcionará.

José.—¡Qué bueno eres! ¡Ahí va mi mano, porque confío en ti de todo corazón! Y desde mañana seré un colectivista más, un hijo más de la Colectividad y un hermano vuestro, de clase y de espíritu, que sabré sacrificarlo TODO por la total emancipación de nuestro noble pueblo, que, por encima de todo y cueste lo que cueste, debemos hacerlo libre, tan libre como la ley natural impone que sean todos los pueblos del Mundo.

Emiliano MEDINA.

A los compañeros del campo

Ha pasado el torbellino "civilizador" de antaño, y no hemos cambiado en nada, por lo menos que yo sepa; siempre hemos sido la escoria de la sociedad, y se pretende que lo sigamos siendo. Voy a demostrarlo.

Fijaros bien en lo que os voy a decir. Nosotros, los campesinos, trabajamos sin descanso, sufriendo las inclemencias de la Naturaleza. ¿Y qué ganamos? Comparado con lo que ganan esas figurillas callejeras, rondasquinas, que piropean a nuestras hijas cuando salen de la fábrica o del taller, muy poco. Según mis cálculos, nos pagan con 10 pesetas, y aun quiero que ellos las ganen lo mismo. Pues decidme, estimados camaradas, ¿cómo puede ser que un individuo que la mayor parte del día lo pasa paseando, sin frío ni calor, gane lo mismo o más que nosotros? No, compañeros, no; no podemos consentir que nosotros, los productores, estemos en las mismas condiciones. Ha llegado el momento decisivo de que, por lo menos, se nos permita hablar alto.

Nosotros manejamos el azadón, con el que producimos para todos; nuestro trabajo no reconoce fronteras ni ideologías de ningún género: nada más que mucho producir, para que llegue un día en que podamos pedir cuentas a quien sea.

Con que, adelante, compañeros; no desmayad en la campaña emprendida para vigorizar el campo, que es la base fundamental de la riqueza; pero sin abandonar el objetivo revolucionario que la sociedad moderna nos brinda, que ya se vislumbra una aurora boreal que nos traza el camino que tenemos que seguir.

¡Adelante, jóvenes campesinos! Que no os pase como al que escribe, que, a los cincuenta y ocho años de lucha, se encuentra sin más patrimonio que la madre Naturaleza, y eso que está trabajando desde que tenía nueve años.

Las Colectividades campesinas pueden ser nuestro norte.

José CUTILLOS MORENO
("El Duende").

CAMPESINOS:

¡CAMPO LIBRE!

es vuestro periódico, suscribiros a él. Trimestre, 2 pesetas.

Talleres Socializados del S. U. I. G. (C. N. T.)

¡Las Colectividades campesinas son la esencia de la Revolución!

CHARLAS CAMPESI- NAS



¡COLECTIVISTAS A GRANER!

Barcelona, compañeros campesinos, es una población muy atractiva. Quien la conozca nos dará la razón. Queremos cumplir hasta el fin la promesa de contaros casos y cosas de nuestro viaje, de la llegada a la gran ciudad catalana y de lo que oímos en aquella Regional; vale la pena divulgarlo.

Todo el atractivo barcelonés—el urbano—es pálido si se compara con el que despierta la Cataluña campesina. Los catalanes están entusiasmados con las Colectividades. El trabajo en común es la suprema aspiración de los labradores. Sus charlas son tan interesantes, encierran tal fe en el porvenir, que nos sentimos optimistas. ¡Cómo gozarían nuestros compañeros castellanos en este ambiente! Así pensábamos al advertir el dinamismo y el fervor de aquella gente. Estatutos, folletos, programas, copias de disposiciones del Gobierno autónomo, que fomenta más cada día la constitución de los grupos colectivos, todo está escrito en lenguaje tan alentador y tan sensato, que convence al más exigente.

Entonces—nos diréis—, ¿qué es lo que se opone a que la colectivización se deslice sin obstáculos? ¡Ah! Lo de siempre, compañeros: un poco de egoísmo por parte de unos y otro poco de incompreensión o de temor a lo nuevo, por parte de otros. Escuchad esta conversación, que os dará la clave del problema:

—¿Está ya formada la Colectividad en vuestro pueblo?—pregunta un campesino.

—Sí; pero los “rabassaires” no entran ni a empujones.

—Es preciso que se avengan.

—No es fácil.

—El egoísmo me saca de quicio.

—Egoístas son los “rabassaires” desde que nacieron.

—La Revolución no admite diferencias. ¡Bueno fuera! Después de tanta lucha y de tanto jaleo, ¿vamos a consentir que haya clases privilegiadas?

—¿Y qué vamos a hacer?

—¡Machacar!

—Es inútil. Si se les ha metido en la

cabeza que en la Colectividad no tienen ventajas, perdemos el tiempo.

—Las tienen, y muchas; pero sueñan con grandezas que pasaron de moda.

—Se apearán ellos solos; ya lo verás.

—¿Y las tierras roturadas, que creen tuyas?

—Esas no lo serán nunca; ya sabes que el departamento de Agricultura de la Generalidad autoriza peticiones de terrenos individuales y colectivos; pero, como las Colectividades están más capacitadas y cuentan con elementos para el cultivo, tienen preferencia.

—Naturalmente; así debe ser.

—Y resulta que el “rabassaire” sigue llamándose pequeño propietario y, como tal, es un esclavo de su mezquino vivir.

—¡Que se fastidie!

—El usurero ha desaparecido. Los medios para hacer frente a las necesidades de la siembra y de la recolección, escasean. El individuo se ahoga, dentro de su reducido terruño. Cada día se ven más claras las dificultades de trabajar solo.

—¡Dímelo a mí, que las he sufrido!

—Todo hace falta; los gastos agobian; no dejan respirar al agricultor. En cambio, en la Colectividad marchan las cosas de otro modo. De todo tienen. Abundancia de semillas, de abonos, de maquinaria moderna; regulación de los precios de los productos; intercambio con las demás Colectividades; un orden perfecto de organización y distribución...

—Es verdad; por eso hay colectivistas a graner.

Diálogos como éste o parecidos oímos muchos durante nuestra estancia en Barcelona y en pueblos del alrededor. En el Tibidabo hemos contemplado, absortos, la vasta extensión de fértil vega que desde lo alto se divisa, vega que muere en el mar. Es la ruta de la aviación enemiga, que de vez en cuando turba la paz en aquellas tierras catalanas, donde la C. N. T. labora sin descanso en pro de una nueva economía que redunde en beneficio de toda la gran familia trabajadora.

Por la transcripción,
BASORA.

La tierra lo es todo

Por F. RUIZ CHICA

Aún se resienten mis huesos... Tiemblan mis carnes al pensar en aquella época en que trabajaba en el campo y no tenía más amparo que el hambre. Muchas veces me encuentro contento de estar libre de él, porque has de saber, compañero, que el campo, en aquellos tiempos, era un presidio, todavía hoy quizás sea una cárcel; pero yo de él me libré. Un día harto ya de sufrir y de trabajar por trabajar, corrí lejos, muy lejos, donde de ninguna manera pudiera echarme su mano; pero el caso es que al campo le pasa—a pesar de su trabajo—como al hombre que ha estado enamorado y de repente deja de estarlo: se acuerda de sus malos y buenos ratos, pero, como los buenos no compensan los malos, he aquí que un día dominó mi poca energía y me marché de su lado. Pero ¿fué él el que tuvo la culpa de que le abandonara de una manera grotesca y aborreciéndole? No, yo creo que no; la tierra es una madre, es en suma madre de todo lo existente. Después, cuando he adquirido conocimiento de causa, ¿cuántas veces me he maldecido el ímpetu despectivo con que me conduje cuando le abandoné! Siempre he sacado la consecuencia de que el campo no tiene la culpa; que los hombres, dueños de grandes latifundios y prósperas haciendas, fuesen unos verdugos para los trabajadores de la tierra, para estos pobres hombres y humildes obreros que, ante la necesidad diaria de su trabajo, tenían que doblegarse y humillarse a esa canalla burguesa; pero, la tierra, ni tenía ni tengo motivo para aborrecerla... Yo la aborrecía porque, falto de conocimiento suficiente, no sabía lo que hoy sé. Sin el campo no seríamos nada, y, sin embargo, hay que reconocer que el campo era lo más tirado, lo más despreciado, lo más mal pagado, y sus obreros los más ultrajados.

En cambio, el campo daba para que el “amo”, para que el “señorito” tuviese cada temporada más ganado, más trigo, más aceite, más tierras y más... esclavos.

Esclavitud era lo que teníamos en el campo. De nosotros, de los obreros del agro, no se ocupaban los “amos”; nada: ni poco ni mucho. Cuando las conveniencias políticas lo exigían, entonces, sí; entonces, promesas de “santos”. Mientras tanto, años y años éramos para ellos una pira de ganado, que, a cambio de unas monedas de calderilla, tenían a su servicio. De ahí que se viviese en todos los pueblos de España en un completo analfabetismo. Ni teníamos escuelas, ni había luz, malas aguas, no había médico, ni matrona, ni farmacia, ni practicante, ni maestro... Nada, en total. Teníamos, en cambio, en cada pueblo, varias iglesias, varios señoritos con carreras estudiadas en cafés y cabarets, varios burgueses estilo feudal y un crecido número de beatas que, con sus idas y venidas al templo, “glorificaban” los pueblos.

En estas circunstancias hemos vivido hasta que estalló el movimiento político-militar. Y he aquí en qué condiciones y con qué conocimientos de la clase trabajadora, llegan esos momentos trágicos; pero ésta, que jamás ha estado desatendida por otros compañeros que con sus esfuerzos naturales han ido llevando el granito a los pueblos, de ser esclava, pasa a ser lo que tenía derecho a ser por derecho propio y natural: dueña de la tierra; y nunca, como ahora, han tenido nuestros Sindicatos fuerzas para demostrar lo que son capaces de hacer los obreros del agro con la tierra, y jamás como ahora ésta demostrará lo que ella da para sus obreros, siendo ésta la madre del movimiento rotativo de toda la producción.

¿Quién sería capaz de sostener lo contrario?

Pero nosotros, hombres incógnitos, encuadrados en otras industrias, que hemos desaparecido de la tierra, pero que sabemos de ella y su mecanismo, acudimos a ella, porque precisa de nuestro esfuerzo material e intelectual. Hay que intensificar el campo; hay que llevar al campo el sacrificio de cuantos españoles nos creamos dignos de él, y cada español ha de poner al servicio de la tierra todo cuanto sepa, todo cuanto pueda. El campo no puede ser una merienda de negros, como hasta hoy ha sido; y para esto hay que empezar por la unidad del proletariado campesino; después, la Colectividad, para que ésta sea una masa sólida y fuerte, que ante ella tenga que rendirse la circunferencia comercial que la rodea, ya que sin la Colectividad no podría existir la vida de intercambio comercial que existe. Con la creación colectiva y unitaria de la tierra se alcanzaría más: se alcanzaría que el primer mecanismo de la vida fuese una masa tan fuerte, que no habría poder ejecutivo suficiente para combatirla; pero para ello es preciso que nosotros también seamos fuertes, potentes e indomables y demos por ella todo lo que somos, puesto que de ella nacimos, en ella vivimos, de ella nos nutrimos y a ella volveremos.

Madrid, 10-II-37.

Un recuerdo del pasado y un aviso al porvenir

Reconociendo que soy un sér inquieto y no puedo estar fijo en un sitio, he salido a dar un paseo fuera del Madrid heroico.

He podido darme cuenta que los campos están esmeradamente cultivados y que los campesinos de estas tierras no son los esclavos de antes del 19 de julio. Los de hoy son lo que, con la mejor buena fe, han formado las Colectividades y ya no tienen necesidad de trabajar de luz a luz, ni de ganar sueldos de hambre y miseria. Hoy es todo lo contrario. Hoy, por estar en zona de guerra, trabajan ocho horas.

Pero... ¿por qué no decirlo? Ya sabemos que esta gran obra que se está levantando no la apoyan ciertos individuos, y yo os digo: ¿Esperáis que vuelvan los tiempos de la “pequeña propiedad”? ¿No sabéis que el pequeño propietario no ha podido nunca vivir y quiere ser más libre que ha sido hasta ahora?

Y digo que la tierra no puede tener más “amo” que el que la trabaja; que no puede estar en manos de los que la tengan sin cultivar. Si se pretende que vuelvan los tiempos de la sopa a la puerta del convento, hay que hablar claro. Cada convento debe ser un colegio donde podamos aprender que no puede haber amos ni esclavos; que “no sólo de pan vive el hombre”.

Todo sér humano, desde que nace hasta que muere, tiene derecho a cuanto brinda la madre Naturaleza. Y tiene también obligaciones.

¡Adelante, hermano campesino!

Campesinos:

Si queréis ser libres y asegurar vuestro pan, colectivizad.

Ayuntamiento de Madrid

CULTIVO DE PLANTAS INDUSTRIALES

EL TABACO

Hay necesidad de ocuparnos con entusiasmo de este cultivo. La Federación Regional de Campesinos y Alimentación del Centro, siempre atenta a cuanto pueda ser en beneficio para sus federados, os invita a todos a que hagáis ensayos, a cuyo efecto os daremos las principales características e instrucciones necesarias para su cultivo.

La procedencia de esta planta es americana. Fué introducida en España a principios del siglo XVI por don Fernando de Toledo. Empezó su cultivo con éxito en Andalucía, principalmente en la provincia de Sevilla.

En nuestras posesiones ultramarinas se permitió por aquellas fechas el libre cultivo, con la obligación de mandar la hoja sobrante en aquellas colonias a la Contratación de Sevilla y a Canarias, por el virrey don Lorenzo Cabrera.

VARIEDADES Y ESPECIES DEL TABACO

En botánica existen muchas especies, y también muchas variedades de las mismas especies. Solamente nos ocuparemos de alguna más prácticamente cultivables en nuestra región.

El tabaco, que se conoce en Botánica con el nombre de "Nicotiana tabacum", es de la familia de las solanáceas; tiene el tallo principal hundido verticalmente en la tierra; semileña, según la especie; su vida es anual; su desarrollo, de 0,70 a 2,00 metros.

La forma de sus hojas es, según la especie, sencilla, enteras generalmente, si bien algunas veces las hay algo dentadas.

Las flores son preciosas, de forma de campanilla, de cinco lóbulos persistentes; su color es lugulosa, presentando cada lóbulo un pliegue longitudinal. El color de la flor es blanco, rojo o rojizo.

El fruto es una cápsula ovalada, estrechamente alargada por el cáliz, delgado, con dos o tres celdillas abriéndose por varios sitios longitudinales, que se separan en remate, según su nervosidad media.

En los racimos de sus flores está la semilla, y son tan pequeños esos granos, que en un recipiente de un litro caben hasta dos millones.

Esta planta necesita, durante su período vegetativo, una temperatura de 2.000 grados, para su completo desarrollo, que puede durar unos cien días, desde la siembra hasta la recolección.

Las principales especies, entre otras, son "Nicotiana praveoensis" (tabaco oloroso); "Nicotiana crista" (tabaco rizado); "Nicotiana bonariensis" (tabaco de Buenos Aires); "Nicotiana persica" (tabaco persa); "Nicotiana longiflora" (tabaco de flores largas), etc., etc.

En realidad, todas las especies no son otra cosa que plantas degeneradas del mismo tipo, modificadas por la influencia del clima, suelos diferentes y forma de llevar los cultivos.

Concretaremos: las más susceptibles de cultivarse en nuestra región y que serán las que la Compañía Arrendataria y el Gobierno autorizarán, tanto por ser las que mejor se dan en nuestro clima como por ser las que corrientemente se emplean en la confección de labores, son tres: la de Virginia, la del Brasil y Filipinas.

La de Virginia se emplea para puros, hebra común, cigarrillos fuertes y fuertes; cigarrillos comunes y fuertes. La del Brasil se emplea en la-

bores de picado y tripas; de los cigarros en sus labores de tripa, primera tripa, segunda y de captadura. Estas subdivisiones corresponden a dos: Brasil superior y fino.

El de Filipinas, tabaco denominado así —la Compañía General de Filipinas surte casi en su totalidad a la Renta española—, corresponde a las regiones de la Isabela, Cagayan, Visayas e Igorrotes.

Estas clases, lo mismo que las del Brasil, se subdividen en primera, segunda, tercera y cuarta.

Las anteriores clases se comprenden, pues la variación entre sí no es otra de importancia; no ocurriendo lo mismo con las otras marcas.

TERRENOS

Son preferibles para este cultivo los arcilloarenosos. Los que son arcillosos y compactos deben de ser modificados con abonos calcáreos.

La cal en las tierras hace el tabaco rico en aroma.

Los terrenos bajos suelen ser húmedos con exceso, y, si bien son favorables para el desarrollo de la planta, es perjudicialísimo en cuanto las hojas empiezan a madurar, porque son atacadas por la plaga llamada "tizón".

Tampoco son recomendables los terrenos situados en mesetas o demasiados elevados, porque la desecación natural de la tierra prohíbe a la planta obtener el vigor necesario.

Son más apropiados para estas explotaciones los sitios llanos y valles frescos.

El tabaco suele cultivarse durante varios años en el mismo suelo; pero no debemos de aconsejar esta práctica más que en lugares de excepcionales condiciones en cuanto a fertilidad y mercado.

Debe de entrar, pues, en rotación con otra planta cualquiera, teniendo cuidado de no asociarla a cultivo alguno y situarla lejos del arbolado.

ABONOS

Como en casi todas las plantas, sin conocer el terreno, difícilmente puede darse una fórmula concreta. De todas maneras, el abonado de esta planta no será nunca costoso, porque, como de ella sólo se explotan las hojas, el resto del vegetal debe de enterrarse, no sufriendo el terreno más empobrecimiento que el correspondiente a los exportados por las mismas.

El purín, orinas de cuerdas frescas, aguas de pozos negros, etc., etc., no deben de emplearse de modo alguno en el tabaco, a causa de la mala calidad de las plantas y difícil combustión a que su abundancia en cloruros da lugar.

Hay que poner especial cuidado en el abono de este vegetal y no fiarlo todo al clima y al suelo. A la inobservancia de esto se deben los resultados obtenidos en algunos casos que parecen inexplicables. En ensayos hechos en Vizcaya, resultó de calidad superior al de Málaga. Como regla general daremos una fórmula para una hectárea:

Superfosfato de cal	100 kgs.
Sulfato potásico	150 „
Nitrato sódico	150 „

Teniendo que ir el tabaco precedido de otro cultivo, en la rotación, claro está que la fórmula indicada podrá modificarse según se haya hecho el abono del cultivo anterior.

(Continuará.)

GENERALIZAR

"Generalizar esos insultos". Nunca alcanzará a comprender mi mente, la vaciedad del significado "generalizar". Al Vago Maestro siempre le hizo mucha gracia el tal verbito. Yo generalizo, tu generalizas, yo generalizaba, tú generalizabas, yo generalicé, tú generalizaste, yo he generalizado, yo he generalizado, yo había generalizado, yo generalizaré. Así hasta que queráis, pues al generalizador que lo desgeneralice buen desgeneralizador será.

¿Queréis que juguemos a generalizar? Con lo concreto que es particularizar.

No deja esto de ser un poco laberíntico. Ya veis que se algo de eso que se llama con-jugar. Vosotros campesinos me diréis, y ¿a nosotros que nos importa? Claro está; a vosotros os interesa solamente cabar, arar, segar, sembrar, recolectar, etc., aunque no sepáis que estas palabrejas son verbos.

Os digo esto porque no deja de tener su mijaíta de guasa.

Os interesa sobre todo que esos "ganapanes" no supieran siquiera lo que es verbo pero sí, que supieran prácticamente cabar, arar, sembrar, segar, recolectar, etc., y cuantos infinitivos de la primera conjugación terminados en ar, os recordéis. Cuidado con el tal "proselitar". Ya salió la gramática, se estropeó todo.

Observad como al fin nos vamos entendiendo. Yo se demasiado que el que no esté

de acuerdo con vosotros es porque no le conviene o no quiere que le convenga. Aún más, está contra vosotros, aunque pretendan engañaros hablandoo como pavos envane-cidos.

¿Qué diríais vosotros si algún día se os presentara alguien con camisa de seda, reloj de pulsera y zapatos de charol a deciros: Campesinos hay que trabajar la tierra.

Seguro que sin ningún énfasis le contestaríais. Compañero; el chocolate no se ha hecho pa las mulas de Brojeras.

Esta monserga que os he armado, es debido a que el tal "verbito generalizar" a quien tanta rabia le he tenido siempre, ha servido de palanquín para darme un estacazo, pero no un simple estacazo, sino un estacazo de los que hacen época.

Sin embargo os digo que el generalizador no se atrevió siquiera a encubrir su firma en algún pseudónimo sino que seguramente por un olvido involuntario se le olvidó ponerla. "Perdonadles que no saben lo que se dicen".

Como tengo absoluta seguridad que vosotros estáis de acuerdo con migo. Por esta razón aunque el estacazo no me hizo cosquillas me pongo nuevamente en comunicación con vosotros, y con la única firma que me caracteriza de cuerpo entero.

UN VAGO MAESTRO.



Ayuntamiento de Madrid
Paisajes de Castilla